



## EL TEMA RELIGIOSO EN TRES POETAS CHILENOS DE HOY

Maximino Fernández Fraile<sup>1</sup>

### RESUMEN:

*El análisis de la poesía religiosa es en Chile muy escaso. Por eso abordo el tema en base a la obra de tres poetas que desde diversas perspectivas verbalizan sus sentimientos religiosos: Miguel Moreno, Manuel Silva, Juan Antonio Massone.*

**Palabras claves:** Poesía, religioso, análisis, sentimiento.

### ABSTRACT:

*THE RELIGIOUS THEME IN THREE CHILEAN  
POETS OF TODAY*

*The analysis of religious poetry has been very limited in Chile. For that reason, the author approaches this theme considering the work of three poets: Miguel Moreno, Manuel Silva and Juan Antonio Massone, who verbalize their religious feelings from various standpoints.*

**Key words:** Poetry, religious, analysis, feeling.

Quisiera referirme brevemente a una temática importante de nuestras letras, de rancio abolengo y larga tradición en el país, a pesar de lo cual ha sido escasamente estudiada: la poesía religiosa, particularmente la escrita en estas últimas décadas. Y hacerlo a propósito de la obra de tres poetas que hasta hoy continúan entregándonos su producción.

He estimado conveniente tocar el tema porque continúa siendo válida la observación expresada en 1977 Hugo Montes al tratar el asunto en el ensayo “Poesía religiosa”, incorporado a su libro *Capítulos de literatura chilena*. Se lamentaba allí de la escasez de estudios y antologías sobre el tema en el país.

En efecto, se han hecho pocos estudios puntuales sobre este tipo de poesía. En la obra citada, Montes revisó la existencia de la poesía religiosa en nuestra historia literaria, desde *La Araucana*, escrita, como señala, “en términos que rezuman una insistente e intensa preocupación religiosa”, hasta alcanzar a mediados del siglo XX, refiriéndose a quienes tocaron lo religioso “en el ámbito puro o principalmente estético”, y concluyendo con una breve selección de poemas.

Con posterioridad, otro trabajo interesante en torno al tema fue *La Inquietud Religiosa en la Obra de Cuatro Poetas Chilenos: Miguel Arteche, Carlos Bolton, Fidel Sepúlveda y Raúl Zurita*, de varios autores, publicado en 1993.

Tampoco se habían recogido poemas de esta naturaleza de autores nacionales en antologías específicas, con la honrosa excepción de *Poesía religiosa de Chile*, realizada por el

\* Fecha de Recepción: Agosto 2008.

Fecha de Aceptación: Septiembre 2008.

<sup>1</sup> Fernández Fraile, Maximino, Departamento de Castellano, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago, Chile.

propio Hugo Montes en 1971. Apareció más adelante, en 1989, *Antología de la poesía religiosa chilena*, de Miguel Arteche y Rodrigo Cánovas.

En las últimas décadas, la poesía religiosa se ha manifestado de diferentes modos, como ha anotado Iván Carrasco: expresando con intensidad la experiencia religiosa, denunciando el mal y anunciando un futuro mejor, desde un yo que asume una actitud casi profética –de ahí la denominación de “poesía religiosa apocalíptica” que le da dicho autor–, en la que sobresalen José Miguel Ibáñez y Manuel Silva Acevedo; reescribiendo textos bíblicos en afán de crítica del hombre actual, destructor de su propio mundo, como lo hace Jaime Quezada; o asociando la religiosidad con el momento sociopolítico, como forma de expresión del sufrimiento e injusticia, a la manera de José María Memet, Raúl Zurita y otros.

Hay tres poetas que llaman la atención por la profundidad y las diversas perspectivas con que verbalizan sus sentimientos religiosos: Miguel Moreno, Manuel Silva y Juan Antonio Massone.

Los poemas religiosos de Miguel Moreno Monroy se acercan a lo religioso en torno al sacrificio de la cruz, momento culminante del cristianismo. Se manifiesta en ellos primero un profundo dolor por la indiferencia u olvido del hombre frente a lo que significó la entrega absoluta del Hijo en la Gólgota, en contraste con la dación también absoluta que Él le ofrece, ahora y siempre, a pesar de su proceder; y luego, se contempla con dolor al crucificado, asumiendo frente a él una fe profunda, sin concesiones.

Lo primero se da claramente en el soneto “Contrición”, una de las creaciones iniciales de Moreno y cuya perfección hizo que Nathanael Yáñez Silva creyera que pertenecía a Juan Guzmán Cruchaga, como recordó Alone en su oportunidad.

He aquí el soneto:

Muchas veces, Señor, en mi alegría,  
me olvidé de tu nombre y de tus llagas,  
y ese olvido, Señor, Tú me lo pagas  
viviendo, por amarme, en agonía.

Desterré la plegaria de mis labios;  
no te di nada más que mis pecados,  
y Tú, en cambio, doblaste tus cuidados,  
como dulce respuesta a mis agravios.

Porque nunca, Señor, me abandonaste,  
y con tierno desvelo me guiaste  
por la senda tortuosa de la vida,

en la losa del templo, estoy de hinojos,  
¡y quisiera, con llanto de mis ojos  
ir limpiando, una a una, tus heridas!

Es cabal el sentimiento del dolor profundo de haber ofendido a Dios, expresado en el título mismo del soneto. En sus palabras, ese olvido, ese destierro de las plegarias, ese dar sólo pecados, se acrecientan como ofensa frente a la agonía del crucificado, que lo ha dado todo por amor precisamente a quien lo olvida.

Podríamos intentar un análisis del soneto, comenzando por la elección misma de esa magnífica, perfecta y difícil forma estrófica, como vehículo de expresión de la magnitud del

reconocimiento de dicho proceder inicuo y de la manera en que se quiere reparar. O podríamos revisar aspectos de un lenguaje que busca la palabra exacta para intensificar la antinomia explícita entre el que no sólo no da, sino que quita, y El que se desvela por duplicar su total entrega. Podríamos estudiar el aporte de significado de los abundantes encabalgamientos o analizar aspectos de rasgos suprasegmentales que subrayan la intensidad del poema. Pero ello nada aportaría a la profundidad y belleza de su expresión, a la verbalización del dolor por el enorme agravio cometido y al deseo de reparación, reparación confiada en que, como dijera Alonso de Ercilla en su poema, *“tengo un Dios tan bueno, cuyo oficio / es olvidar la ofensa y no el servicio”*. Por lo demás, recordemos que ya Dámaso Alonso señaló que *“las obras literarias no han sido escritas para comentaristas o críticos”, sino “para un ser tierno, inocentísimo y profundamente interesante: el lector”*; agregando que *“el goce puro de la belleza y la emoción que el verso pueda comunicarnos ha de ser previo, inocente, anterior a todo análisis”*.

Por tanto, lo mismo debemos hacer con otros sonetos religiosos de Miguel Moreno: leer calladamente y sentir con hondura. Así, entonces, con “Ante Cristo crucificado”, cuyo nombre nos recuerda de inmediato el famosísimo soneto hispano del Siglo de Oro:

Como labios, Señor, están sangrando  
delante de mis ojos tus heridas,  
y en tus mártires sienes doloridas  
las espinas te siguen coronando.

Yo te miro, Señor, y en tu mirada  
hay tanta soledad, tanto quebranto,  
que siento mis pupilas empañadas  
por la súbita niebla de mi llanto.

Te contemplo, Señor, crucificado,  
y pienso que es un cáliz tu costado,  
donde mana tu sangre purpurina.

Y tu pálido rostro desvelado,  
una rosa de amor donde he clavado,  
como todos los hombres, mis espinas.

Es la contemplación ahora lo que importa: la sola visión del sacrificio inmenso desata el dolor y el sentimiento de culpa personal, que se universaliza. Es diferente a ello, por cierto, lo que ocurre en el antiguo soneto español, en el que también está presente la contemplación –*“Tú me mueves, Señor, muéveme el verte / clavado en una cruz y escarnecido”*–, pero ahí como motor que amplifica el sentimiento de amor que se tiene por el crucificado.

En el soneto de Moreno, el hombre termina sintiendo su pequeñez. Surge entonces la necesidad de Dios, de ese Ser que podrá mutar en luz su oscuridad, lo que lo conduce a la afirmación en la fe y, por ende, a la alabanza del crucificado, que se expresa, simbólicamente, en un tercer soneto: “Divina lumbre”.

Hay también otros poemas en que Moreno entrega sus sentimientos religiosos, pero no ya originados por la visión de Jesús crucificado, sino por otros momentos de Su vida: la Navidad, por ejemplo, en el poema “El mejor presente”, o en los tres sonetos de nombre común: “Plegaria por el niño abandonado”.

Miguel Moreno, como buen poeta cristiano, ha logrado la expresión de hondos sentimientos de culpa y de amor a Dios en sus poemas, con elevación, claridad y belleza.

Distinta es la situación de Manuel Silva Acevedo. En otra ocasión hemos señalado que este poeta versátil, profundo, íntimo y religioso, ha dicho que poesía es “*Camino de mutación, de muertes y resurrecciones en pos de la luz mediante la cruz, donde la dimensión vertical toca la horizontal y la eternidad irrumpe en la historia personal y colectiva.*” Es natural, entonces, que ya su primer libro, *Perturbaciones*, de 1967, planteara la doble lectura de un mundo, como indica el título, perturbado y perturbador y, más hondamente, de su propia perturbación interior en momentos de sentimientos personales encontrados y de situaciones contingentes difíciles. Entonces debe haber experimentado lo que expresaría en 1988, en un poema de su libro *Desandar lo Andado*:

No sé qué busco.  
No sé dónde buscarlo.  
No encuentro lo que busco  
pero sigo buscando.

Como busca, al fin encuentra, como dice el viejo refrán; y lo encontrado lo expresa en 1976 en *Lobos y Ovejas*, el poemario que le permitió “*despertar a una parte esencial mía y de la condición humana, desgarrada entre dos naturalezas opuestas y que, sin embargo, es de vida o muerte mantener en armonía*”, como él mismo ha confesado a Antonio Skármeta.

Los poemas del mencionado libro, de “alta tensión espiritual”, tendientes a lo religioso y expresados con lenguaje que recuerda al de los místicos, dieron paso al año siguiente a *Mester de Bastardía*, conjunto de poemas que denuncian dolorosamente la pérdida de la dignidad del poeta y de su mundo abierto al misterio, y *Terrores diurnos*, de 1982, donde se expresa la decepción por la falta generalizada de espiritualidad. Cuatro años más tarde, *Palos de ciego* significó la continuación de una búsqueda interior a tientas; y luego de otros dos años, *Desandar lo andado*, visión del errado camino, posibilitó encontrar en Cristo, ahora sí, y al fin, la ruta verdadera. Sobre este último poemario, el propio poeta ha dicho: “*Yo tenía esa perspectiva delante de mis narices, desde niño, pero no la veía. Sin embargo, algo quedó sellado en mí, como una impronta, que siempre me trabajó desde dentro hasta llevarme en esa dirección. O sea, el amor de Dios es, realmente, de una fidelidad pasmosa. Porque yo anduve en los infiernos, me prostituí, y el Señor me acompañó en todo momento.*”

Encontrado el camino, en 1995 apareció *Canto rodado*, que incluye *Lobos y ovejas* y agrega, nuevo, *Señal de cenizas*, conjunto de poemas en los que la precaria y débil condición humana se eleva en la oración definitiva:

Yo, Señor, cernido de tu claroscuro  
precipitado a tus abismos  
extraviado en tus laberintos  
mordido por tu libertad izado a tus alturas  
sumergido en tus cuencas rendido de cansancio  
mutilado demonio de barbas en llamas  
ardido por tu amor de punta a rabo  
pendiente de tu hilo hastiado de mis días  
clamando por Ti sollozando por Ti solo bajo tu sombra  
acorralado en Ti nada más que en Ti  
puesto en tus manos oprimido en tu puño  
hijo sin gracia fruto mal temperado  
imploro Tu perdón la muerte victoriosa  
el descanso del Verbo sin sonido.

Dios, que olvida la ofensa y no el servicio, como hemos recordado que señaló sabiamente Alonso de Ercilla, seguramente lo habrá perdonado. Y por eso mismo, Manuel Silva,

autor de poemarios que, uno a uno, fueron expresando de manera gradual sus dudas, sus búsquedas y su encuentro de Dios en una especie de reflexión poético-narrativa, puede ya estar tranquilo en su fe.

Distinto es el caso de Juan Antonio Massone, formado desde niño en la fe, desde los días de su formación inicial al alero acogedor del Liceo San Agustín.

La labor poética de Massone trasunta afectividad, sentido profundo de la fugacidad del tiempo y anhelo de plenitud trascendente, en creaciones que a menudo recuerdan a los grandes clásicos españoles de los siglos de oro.

En sus poemas religiosos no hay arrepentimiento y fe, como expresa en los suyos Miguel Moreno, o duda, búsqueda y encuentro, como manifiestan los de Manuel Silva. Por el contrario, hay la cercanía a Jesús basada en el sentimiento absoluto de fe en el cristianismo y expresada en un poemario asombroso *“que nos propone la interioridad crucial de la experiencia de la Cruz”*, como se ha dicho, a través de lo que yo llamaría el hermoso atrevimiento de interpretar las siete palabras del crucificado, pronunciadas en el momento supremo de la entrega definitiva.

Es decidir el epígrafe de la obra, tomado de Seferis: *“No te hablo del pasado, te hablo del amor”*. Hay amor, por cierto, frente a las palabras dolorosas, pero salvíficas, dichas en la Cruz; amor que trasciende el tiempo y perdura hasta hoy.

Desde la víspera del sacrificio

–“Crujen los espacios  
con el viento de los jueves  
y la tierra se enrojece  
con sus lágrimas.  
Prepárate a morir.”–

hasta el Madero mismo, junto a la transcripción del relato evangélico –*“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”*–, comienza la interpretación:

“Mi libertad  
no busca desprenderse de los vivos.  
de los casi vivos como muertos. Padre,  
perdónalos...”

Perdónalos, es ya casi una noche llorando  
la turbia duda y el certero espanto.

Soy viento detonado en una voz que te pide  
el perdón a Ti, Padre, para así descansar  
debajo de tus párpados...”

Luego, frente a la petición del buen ladrón –*“Acuérdate de mí cuando estés en tu reino”*–, el poema expresa confianza absoluta de que habrá la eternidad deseada:

“...junto a la sombra en la tarde de esta sombra  
significo cuanto quieras que sepa perdurar.

Cuando me dices que de ti me acuerde,  
me destino a responder conmigo mismo:  
En verdad te digo, hoy serás también en Paraíso.”

A los pies de la Cruz, están la Madre y el discípulo amado. Y se interpretan bellamente, universalizándolas, las palabras a ambos:

“Pero tú, mujer, amor de cuerpo y rogativa,  
ve allí donde tu hijo, para que el mundo entero  
quepa en la ternura y nadie esté huérfano...”

Tu madre esperará en todas las albas...”

Dice San Marcos que *“a la hora nona gritó Jesús con voz fuerte: Eloi, Eloi, lama sabactani, que quiere decir: Dios, Dios, ¿por qué me has abandonado?”*

Y expresa el poema:

“Me expulsan del tiempo y aún no me recibes:  
despojo soy a mitad de la tierra y de tus brazos.  
Ya no puedo más y siempre otro momento.  
¿Por qué me has abandonado?”

Señala luego San Juan que *“después de esto, sabiendo Jesús que todo estaba ya consumado, para que se cumpliera la Escritura dijo: Tengo sed”*.

Y el poema interpreta con elevación:

“Tengo sed de Ti y me ofrecen vinagre.

Tengo sed de Ti y la esponja es agria.  
He bebido el cáliz hasta ya no poder  
otra vigilia en el manojito de la espera...

Tengo sed. Me abandonan sangre y tiempo  
para dejarme solo, sólo con la sed de Ti.”

A continuación, frente a la dolorosa palabra sexta –Todo está consumado–, el poeta se pone en la situación del crucificado:

“Me han lastimado el corazón a lo largo  
de todo el tiempo de mi eternidad...”

Todo está consumado y todavía el escarnio  
de Longinos en mi devoto estertor  
con que te digo: Todo está consumado,  
Padre mío. Padre nuestro.”

Y llega la palabra final:

“Ahora es el futuro que se muere.

El temblor de la víspera en el Huerto  
tuvo espada, pavores y abandonos  
para verme agonizar en el madero.

Ahora bien sé que en Ti me cumplo  
y me coincido en tus brazos por que muera  
la fatiga del horror de no poder morir.

Ahora, Padre, en tus manos mi espíritu  
encomiendo...”

Concluyen las siete palabras de Jesús en la Cruz, interpretadas con la altura necesaria, sabiendo, en todo caso, que ninguna palabra humana podría ser suficiente para ello.

Pudo haber terminado así el poemario, pero el autor quiso dar fe de su creencia y de su conciencia absoluta del significado del sacrificio de la Cruz con un postrer poema –“Nada ha terminado”– que culmina con estas palabras:

“Delante de ti, la eternidad  
te deja intacto. El mismo Dios  
crece dentro y ya nadie  
concluye en el sepulcro.  
Ya no debes dejarte vivir así tan solo,  
porque en todo Oriente y Occidente  
la misma muerte se ha muerto allí en la Cruz.

Verdaderamente eres hijo predilecto  
del buen Dios, así en la tierra  
como en el cielo.”

Nada cabe agregar.